

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

—————
Cuaderno 41 de ocho entregas
—————

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1874

L47
2257

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

UNIVERSITY OF MICHIGAN

—¡Ah! si Dios hace que Ernesto recobre la salud, creo que pasaremos agradablemente el invierno en esta hermosa quinta.

—Sí, sí; Ventura ha tenido gusto en comprar esta casa. Estoy contento de la adquisicion.

—Aún falta ver mucho, señor don Joaquin,—contestó Ventura.

—¿Y qué falta?

—Toma, el corral, donde hay una buena cantidad de gallinas y patos; el palomar, con más de cincuenta pares de palomas; la cuadra, con un par de jacas torcidas, y la cochera, donde tenemos un bonito y elegante faeton.

—Bien, bien, todo eso lo veremos otro día. Ahora lo primero es que nos conduzcas al comedor, porque supongo que te habrás acordado de que yo almuerzo, ¿eh?

—Todo está dispuesto.

El primer efecto habia sido bueno.

La quinta era del gusto de todos, y se pasó el día agradablemente.

A la mañana siguiente, Ernesto parecia encontrarse mejor.

Se asomó al balcon, y se quedó algunos momentos en dulce éxtasis contemplando el mar.

Una pequeña lancha, sin más que una sola vela latina, iba dando arzadas como una juguetona paviota á poca distancia de la orilla.

Ernesto distinguia perfectamente los dos únicos tripulantes de la lancha.

Eran un hombre de cabellos canos y un niño que apenas contaría doce años de edad.

Un suspiro se escapó de su pecho al ver la robustez de aquel niño y la firmeza del anciano, que sentado junto al timon dirigia su frágil navecilla.

En esto exclamó como hablando consigo mismo:

—¡Dios es justo! Hé ahí un padre que con su hijo habrá salido á media noche de su cabaña á buscar con su trabajo en el fondo del mar el sustento de su familia. ¡Cuántas veces me habré yo gastado en una sola noche lo que hubiera sido suficiente para asegurar el porvenir de esos honrados hijos del trabajo! Dios, sin embargo, premia sus afanes concediéndoles una gran salud, y castiga mis vicios condenándome á una agonía lenta y penosa.

Ernesto apoyó los codos en la barandilla del balcon, y dejó caer la frente en las palmas de las manos.

Así permaneció algunos segundos, hasta que una voz, que siempre resonaba dulcemente en su corazon, pronunció á su oido estas palabras:

—¿Qué tienes, Ernesto?

—¡Ah! ¿eres tú, Marieta?

—Te has levantado más temprano que deberias.

—¿Hay nada tan saludable como la luz del alba, sobre todo en un país como este, en que no se conoce el frio? ¿Hay nada tan hermoso como contemplar ese sol que refleja puro y radiante sobre las tranquilas aguas del mar?

Y cogiendo una de las manos de Marieta, y llevándola á su pecho con ademan apasionado, añadió:

—Nunca me ha parecido más bella la vida que en estos instantes. Tengo hambre de vivir; necesidad de ver ese sol, ese cielo, ese poético horizonte. Y esto es, sin duda, Marieta mia, porque siento algo desconocido dentro de mi sér, que me anuncia que el soplo de la muerte circula por mis venas.

—¿Estás loco?—repuso Marieta, colocando la mano que le quedaba libre sobre la frente de Ernesto.

—No, no estoy loco; es que me siento débil, es que esta fatal herida que recibió mi pecho será causa de mi muerte. Yo no he querido revelarte mis sospechas, mis justos temores. Cuando me anunciaste que me seria conveniente abandonar el clima frio de Madrid, yo ya sabia que no era una idea tuya, sino un consejo del médico. De todos modos, acepté con gusto este viaje, porque á los treinta años siempre se tiene una esperanza en el alma.

—¡Ah! tú no morirás, no, Ernesto. Desecha esos temores, tranquiliza tu espíritu. Yo te aseguro que han de bastar algunos meses de permanencia bajo este cielo benéfico para restablecerte completamente.

Ernesto agitó con cierta melancolía la cabeza, y luego, extendiendo el brazo en direccion á la barquilla que continuaba dando arzadas, añadió:

—¿Ves aquella ligera nave? ¿ves el niño y el anciano que la tripulan? Pues bien; esos séres, á pesar de su pobreza, son más felices que yo.

—¡Más felices! ¿Y por qué, Ernesto?—preguntó Marieta.

—Porque ellos poseen indudablemente las dos gran-

des fortunas de la criatura: la salud del cuerpo, la paz del alma.

—Veo, querido Ernesto, que esta mañana te has levantado muy melancólico, y no tienes en verdad motivo para entristecerte. Desecha, pues, la aprension y...

—No, no es aprension, Marieta. Todas las tardes se apodera de mi cuerpo una calentura que no me abandona hasta las cuatro de la mañana. Una tos seca, frecuente, pertinaz, interrumpe mi sueño, y un dolor hondo, melancólico, hiere mi pecho. Cuando abandono la cama, corro al espejo á observar sobre el cristal los progresos de la enfermedad que me devora. La inapetencia, la demacracion, la debilidad van en aumento. Yo no soy aquel jóven fuerte, robusto, que podia soportar las fatigas de una orgía y las digestiones de un banquete sibarítico. Soy un sér débil, enfermizo, á quien ofende una ráfaga de viento, á quien trastorna el solo olor de la comida; un hombre envejecido antes de tiempo, que va inclinándose á pesar suyo hacia la tierra, como si caminara por el mundo en busca de su sepultura.

—¡Por Dios, Ernesto! te estás atormentando, y me haces sufrir mucho.

Ernesto hizo un esfuerzo violento, se irguió, y soltando una intempestiva carcajada, añadió:

—Sí, sí, dices bien; es una cobardía pensar en la muerte. Dame el brazo, Marieta, dame el brazo, y vamos hasta la orilla del mar para respirar el ambiente saludable de la mañana.

—Sí, dices bien, no pensemos en la muerte: vamos adonde quieras.

—¿Te gustaría dar un paseo en esa barquilla que se divisa?

—Yo quiero todo lo que tú quieras.

—Entonces, ya que ese buen marinero ha llamado nuestra atención, ya que yo he envidiado su suerte, quiero que se acuerde de este día.

Y Ernesto, abriendo el cajón de una mesa, sacó algunas monedas de oro, que guardó en el bolsillo de su chaleco, y luego, apoyado en el brazo de Marieta, se dirigió hacia la orilla del mar.

Como Ernesto se fatigaba, caminaban muy despacio.

Por dos veces tuvo Marieta que detenerse para que descansara algunos segundos.

Por fin llegaron á la orilla.

—La lancha continuaba sus orzadas, y de vez en cuando se veía al niño inclinarse sobre las bandas de la barca, sacar los aparejos del agua, recoger algunos peces que habian caído en los anzuelos, y volverlos á cebar.

Ernesto sacó el pañuelo y lo agitó en el aire como haciendo una señal á los de la barca.

Al principio, los pescadores no hicieron caso; pero ya por fin comprendieron que se les llamaba.

Entonces el marinero de los cabellos canos se puso en pié sobre el banquillo de popa, y dijo con una voz que llegó clara y sonora hasta la orilla:

—¿Nos llaman ustedes á nosotros?

Ernesto indicó con el pañuelo que sí, y entonces el marinero imprimió un movimiento al timon, y la barca viró dirigiendo la proa hácia la orilla.

Cuando estuvieron á cuatro brazas de tierra, Ernesto, esforzando su voz, dijo:

—¿Buen amigo, quiere usted ganarse hoy un buen jornal?

—Los pobres siempre estamos á punto de ganar un jornal.

—Pues bien; atraque usted donde podamos embarcarnos. Queremos darnos un paseo y verle á usted pescar.

—Atracar es bastante difícil en esta parte, porque el mar aquí apenas tiene tres piés de fondo; pero si ustedes quieren, les puedo conducir hasta la lancha en brazos, y cuando se cansen de pasear los desembarcaré en el puerto.

—¿Te atreves, Marieta?—preguntó Ernesto.

—¿Y por qué no, puesto que tú deseas pasearte?

—Buen hombre, acepto la proposicion,—añadió Ernesto dirigiéndose al marinero.

El pescador se echó resueltamente desde la lancha al agua. El agua apenas le cubria las rodillas.

Llegó á la orilla, cogió á Ernesto en brazos con la misma agilidad que si se hubiera tratado de un niño de cuatro años, y le condujo á la barca; luego volvió por Marieta, y cuando los dos estuvieron á bordo, colocó sobre uno de los banquillos de la lancha una manta, y dijo:

—Estoy á las órdenes de ustedes.

—Nosotros lo que deseamos es pasearnos un poco viéndoles á ustedes pescar.

—Entonces manos á la obra; tú, Salvador, á cuidar de los anzuelos, yo del timon.

La barca giró pausadamente hasta presentar la popa hácia la tierra.

La vela comenzó á hincharse á impulsos de la brisa matinal, y la frágil navecilla se deslizó suavemente sobre la tersa superficie del mar.

CAPÍTULO VI

En el mar

Durante algunos minutos, Marieta y Ernesto guardaron silencio, entretenidos en contemplar los peces que coleaban dentro de una banasta en el fondo de la barca. Aquel niño de doce años de edad, de fisonomía inteligente, fuerte y robusto, demostraba una gran agilidad en su oficio. El anciano, mudo, silencioso, grave, sentado en el banquillo de popa, con la mano derecha en el timon y la mirada indiferente, no tenia nunca que reprender al muchacho.

—¿Es hijo de usted este niño?—preguntó indiferentemente Ernesto.

—No, señor; es hijo de mi hijo, es mi nieto. Su pobre padre murió en el bombardeo del Callao.

—¡Ah! entonces es hijo de uno de los valientes marineros que á tanta altura pusieron nuestro pabellon en el Pacífico.

—Sí, señor,—contestó el anciano con acento conmovido.—Mi hijo Tomás era cabo de cañon; sus jefes le querian mucho, y en verdad que tenian motivos para ello, no es porque sea mi hijo. Se hallaba tripulando la *Blanca*, cuando en aquel funesto dia una bala se encargó de cortar el hilo de su existencia. El pobre ni aun tuvo tiempo para enviar el último adios á su hijo. Pero, en fin, Dios lo ha querido así, y él me da fuerzas para que, á pesar de mis sesenta años, pueda servir de padre á Salvador.

—¿Y el gobierno no ha hecho nada por este pobre niño?—preguntó Marieta.

—El gobierno cuando muere un soldado, si es abordo lo arroja al agua, si es en tierra hace un hoyo, le cubre un poco, y aquí paz y despues gloria. Pero nosotros los pobres tenemos poca ambicion, y con ganar un pedazo de pan nos damos por contentos. Es verdad, que si Tomás no hubiera muerto, á su regreso del servicio tal vez nos hubiera sido fácil comprar un pequeño falucho para hacer el comercio de cabotaje, y no nos veríamos en la precision de pagar por esta lancha la tercera parte de lo que ganamos.

Marieta y Ernesto cambiaron una mirada.

El marinero, sin saberlo, habia conducido la conversacion al punto que ellos deseaban.

—¿De modo que esta lancha no es de usted?

—¡Oh! si fuera mia, ¿para qué queria yo más? Me quedarian las ganancias libres, sin verme obligado á dar una parte á nadie; y luego, cuando Salvador fuera hombre, cuando yo no pudiese por mis años mane-

jar el timon, él podria ganar el sustento de toda la familia, es decir, de su madre, de su abuela y de su abuelo.

—Pues bien, buen hombre: ya que la casualidad ha hecho que nos conozcamos, quiero que tenga usted un buen recuerdo de este dia.

Y Ernesto, sacando un pañuelo de monedas de oro de su bolsillo, las dejó en el banco donde estaba sentado el viejo marinero.

—Ese oro es de usted, yo se lo regalo. Puede encargarse una lancha nueva de mejores condiciones que esta, si así lo desea; y como supongo que no tendrá usted bastante dinero con el que acabo de darle, yo vivo en esa casa de campo que se distingue desde aquí; puede venir á verme, y le entregaré la cantidad que le falte para realizar sus deseos.

—¿Pero es de veras que me da usted todo este oro?

—Sí, señor. Y además de este oro,—añadió Ernesto sonriendo,—le ofrezco la cantidad que le falte para acabar de pagar la barca. Quiero que Salvador, el hijo del valiente marinero que murió en el Callao, sea propietario y no tenga que dar á nadie una parte de su trabajo.

—¡Pero, señor!—exclamó el viejo marinero, abandonando el timon y juntando las manos,—¿es verdad lo que á mí me sucede? ¿Podremos tener por fin una barca de nuestra propiedad?

—Tan cierto, amigo mio, como ese sol que nos alumbra.

—Pero ¿qué ángel bueno le ha colocado á usted en

mi camino? Esto es un milagro de la Santa Faz de Alicante.

—Esto sencillamente es una casualidad.

—Pero, Salvador, ¿tú no oyes lo que dice este caballero?

—Ya lo creó que lo oigo, abuelito, y estoy muy contento.

—¿Y no vas á besar la tierra que pisan sus piés?

El chico miró á Ernesto con la boca abierta y sin atreverse á mover de aquél sitio; pero el anciano, más resuelto ó más conocedor del beneficio que aquel desconocido le hacia, se levantó abandonando el timon, y ya iba á dirigirse donde estaban Marieta y Ernesto, cuando este le dijo riéndose:

—Cuidado, amigo mio, no abandone usted el timon, no sea que por demostrarme su agradecimiento naufraguemos.

—¡Naufragar! ¡naufragar usted! me arrojaria yo mil veces al mar por salvarle.

—Y yo tambien, abuelito, y yo tambien,—dijo á su vez Salvador.—¡Qué contentas se van á poner mi madre y mi abuela cuando sepan la fortuna que se nos ha entrado en nuestra barca!

—Ya lo creo que se pondrán contentas; bailarán de gozo. Irán á ver á este señor y á esta señorita para demostrarles que somos pobres, pero que nos daría vergüenza ser ingratos.

—¿Cómo se llama usted?

—Tomás, como mi difunto hijo, para servir á Dios y á usted.

—Pues bien, querido Tomás; yo le ruego á usted que no hablemos más de semejante asunto. Lo dicho dicho: aquella es mi casa; cuando guste puede venir á pedirme lo que le falte para el pago de la barca.

—Bueno, si usted me manda que calle, callaré; pero en silencio le estaré echando á usted bendiciones toda mi vida.

El viejo marinero volvió á sentarse en el banquillo de popa, cogió el timon y guardó silencio.

—¡Ah! Marieta,—dijo Ernesto en voz baja á su compañera,—¡qué satisfaccion tan grande se siente cuando se hace bien! ¡A cuán poca costa puede un rico hacer la felicidad de un pobre! Estoy seguro de que cuando estos honrados marineros lleguen á su casa, la alegría de su familia será inmensa.

—Has hecho bien, Ernesto, has hecho bien, asegurando con un puñado de oro el porvenir de ese niño; Dios no olvida las buenas acciones. ¡Dichoso del que en la tierra puede enjugar las lágrimas del que llora!

El paseo por mar duró más de dos horas.

Mientras tanto don Joaquin, que se habia tambien levantado muy temprano, se dirigió á la habitacion de su sobrino, y no encontrándole, encaminóse al gabinete de Marieta.

—¡Calle! ¡es extraño!—se dijo hablando consigo mismo;—¿dónde habrán ido? Tal vez se hallarán en el jardin.

Recorrió todo el jardin sin encontrarles, y entonces preguntó á Ventura:

—¿Has visto tú á Ernesto y á Marieta?

—No, señor; estaba esperando aquí que me llamara.

—¡Es extraño, no los encuentro en sus habitaciones!

—Tal vez habrán ido á dar un paseo por las orillas del mar, como la mañana está tan hermosa.

—¡Bah! Ernesto está muy débil, no puede pasear.

—Sin embargo, no encontrándose en su habitación ni en el jardín, es indudable que se ha marchado á alguna parte.

Don Joaquin, que comenzaba á sentirse inquieto con la desaparición de su sobrino y Marieta, añadió:

—Mira, soy de parecer que subamos á la azotea con el anteojo de larga vista. Desde allí se domina todo, y si han salido á paseo por las orillas del mar, los veremos pronto.

—Como usted guste.

Ventura fué en busca del anteojo, mientras don Joaquin subía poco á poco á la azotea.

El punto de vista que desde allí se disfrutaba era admirable. Por la parte de tierra, hermosos jardines, productivas huertas, se extendían hasta la falda de un cerro que cerraba aquel poético paisaje con su anfiteatro de granito; por la parte del mar, un horizonte limpio y dilatado, siempre nuevo, siempre entretenido, viendo ahora cruzar un vapor con su melena de humo, luego un buque de tres palos con velas extendidas, y multitud de lanchas y faluchos cruzando en todas direcciones.

Ventura armó el catalejo y lo entregó á don Joaquin, que lo dirigió en vano hácia todas partes buscando á su sobrino.

—A esta pareja, indudablemente se los ha tragado la tierra. Toma, toma, no los veo por ninguna parte.

Cogió el antejo Ventura, y comenzó á mirar á su vez; apenas habrian trascurrido dos minutos, cuando exhalando un grito, dijo:

—Los encontré.

—¿A quién?

—Al señorito Ernesto y á la señorita Marieta!

—¿Pero dónde diablos están?

—¿Ve usted aquella lancha que se mece tranquilamente á unas cuatrocientas brazas de la orilla?

—Sí, la veo perfectamente.

—¿Y no distingue usted dos personas sentadas en uno de sus banquillos?

—Francamente, mi vista no alcanza tanto.

—Pues entonces, sírvase usted del antejo, y los verá sin ningun género de duda.

Don Joaquin cogió el catalejo, y despues de algunos segundos, durante los cuales estuvo buscando la pequeña embarcacion que le habia indicado Ventura, exclamó:

—¡Ah! tunantes; ya los veo. Tienes razon. ¡Vaya una ocurrencia!

Y entregando el antejo á Ventura, añadió:

—Vamos, vamos hácia la orilla del mar, y les haremos señas para que atraquen y nos admitan abordo.

CAPÍTULO VII

La muerte

Desde aquel día, Tomás el pescador se presentaba todas las mañanas con su barquilla frente á la hermosa alquería de Ernesto á esperar sus órdenes.

Grande, inmensa fué la alegría de la familia del viejo marinero cuando este le refirió su buen encuentro con el señorito enfermo.

Los pobres demuestran su agradecimiento pidiendo á Dios colme de felicidades á sus bienhechores y derramando abundantes lágrimas.

Ernesto cumplió la palabra que habia dado á Tomás el pescador: le entregó la cantidad suficiente para comprar una lancha con todos sus aparejos, á la que el viejo Tomás puso el nombre de *María*, porque así se llamaba la compañera de su generoso bienhechor.

Don Joaquin aplaudió y celebró mucho el rasgo de su sobrino, y por su parte dió tambien otro puñado de oro para que la familia del viejo pescador se comprara lo que más falta le hiciera.

El dia en que por primera vez se presentó anclada la lancha nueva en la próxima orilla de la quinta, Tomás, para probar la docilidad de su embarcacion, estuvo haciéndola maniobrar á la vista de sus bienhechores; y Ernesto, que en su vida se habia ocupado de los pobres, que no conocia el bienestar que proporciona al alma el agradecimiento de una buena obra, sintió por la primera vez en su vida algo que refrescaba su alma, algo que endulzaba los dolores de su pecho.

Nada tenia, pues, de particular que el marinero Tomás se presentara todas las mañanas al romper el alba á recibir órdenes. Un deber de gratitud á ello le obligaba.

Comiendo Ernesto y Marieta querian dar un paseo, allí tenian la barca dispuesta. Cuando preferian permanecer en casa, Tomás y Salvador se dedicaban á la pesca satisfechos de haber cumplido con su deber.

El tiempo, mientras tanto, que por nada ni por nada se detiene, iba trascurriendo. La primavera, la temperatura, la belleza del cielo, el perfume de las flores, las saludables brisas del mar que disfrutaba Ernesto en el benigno clima de Alicante, no eran bastante poderosos para devolverle la fuerza y la salud. De dia en dia iba agravándose su mal; su tos era más pertinaz, sus dolores más agudos, su calentura más viva, su debilidad más extrema, su inapetencia

más marcada, su malestar, en fin, más fatigoso, más pesado.

El pobre enfermo, como el sentenciado á muerte, sabia pasarse una y otra hora sentado en una butaca junto al balcon, dejando vagar su triste é indecisa mirada por el vasto horizonte que se extendia ante sus ojos.

Durante estos períodos de triste y melancólica meditacion, el benéfico sol de invierno bañaba su cuerpo.

Otras veces, apoyado en el brazo de Marieta, daba un corto paseo por el jardin, aspirando con avaricia el perfume de las flores, ó bien sentado en un banco enfrente de la pajarera se entretenia en ver revolotear á las alegres y frágiles avecillas, á quienes el capricho de un rico habia robado la libertad.

La deplorable situacion de Ernesto, la eterna melancolía del enfermo, comenzaba á extender un velo triste, sombrío, sobre aquel poético nido que les servia de albergue.

Otras veces, Marieta sorprendia á Ernesto con el rostro hundido entre la manos y llorando.

—¿Qué tienes, Ernesto mio?—le preguntaba la bailarina con ternura.

El baron de Labra levantaba entonces la frente, fijaba en su querida una mirada melancólica, y haciendo un esfuerzo para sonreirse, contestaba:

—¿Qué quieres que tenga? Nada, absolutamente nada.

—¿Entonces, á qué viene esa eterna melancolía, esa tristeza sin fin?

—Escucha, Marieta,—añadía Ernesto, cogiéndola una de sus manos y acariciándola entre las suyas,—¿has visto tú alguna vez á la muerte?

—¡Vaya una pregunta!

—Sí, es muy extraña; pero contesta: ¿has visto alguna vez á la muerte?

—Nunca.

—Pues si la vieras un solo instante, el tiempo rápido tan sólo que emplea una estrella en esas noches serenas para cambiar de puesto, yo te aseguro que no se borraría nunca de tu imaginación.

—¿Pero has visto tú por desgracia esa muerte de que me hablas?—preguntó Marieta esforzándose por sonreír.

—Sí, la he visto, ó por mejor decir, la veo siempre, hasta en las hermosas niñas de tus ojos.

—¡Jesús! no digas desatinos, Ernesto.

—No creas que mis palabras son hijas de esta pertinaz calentura que me consume. Veo la muerte en todas partes; y cosa extraña, su vista no me repugna, sino por el contrario, me es grata, me es querida, me es simpática. Dentro de poco tiempo no la veré más, porque dormiré en sus brazos el sueño eterno.

Y como Marieta guardara silencio entristecida ante aquella melancólica preocupacion de su amante, este volvió á decir:

—La muerte que yo veo no tiene nada de repugnante; es un hermoso fantasma, blanco como la nieve, que corona las crestas de las montañas, tiene el rostro pálido, la sonrisa triste y los ojos negros como el dolor.

Todas las noches, cuando me dejas solo en mi alcoba, cuando te marchas despues de imprimir en mis labios el beso de despedida, la muerte, como si quisiera reemplazarte, se coloca á los piés de mi cama, y enviándome una sonrisa fria y melancólica, fija en mí la triste mirada de sus ojos negros.

—Pero eso será solamente un sueño, Ernesto, un sueño hijo de la debilidad de tu cerebro.

—No, no, Marieta, es una realidad; puesto que la muerte, para presentármese, espera que me halle solo, y nunca lo hace cuando estoy acompañado. Yo siento en mi pecho penetrar el frio de su mirada y en mi frente el helado soplo de su aliento. Durante largo rato me contempla en silencio; yo por mi parte no me atrevo á interrumpir aquel mutismo, que tiene algo de las tumbas.

Ernesto se detuvo, respiró con fatiga y volvió á decir:

—Luego abandona los piés de mi cama, y caminando sin tocar el suelo ni producir el menor ruido, su largo y flotante ropaje llega hasta mi cabeza, y entonces se sienta en el mismo sillón que tú ocupas cuando vienes á hacerme compañía, y sacando de entre los pliegues de su manto su brazo blanco y descarnado, un brazo por cuyas venas no circula la sangre, coloca dulcemente su mano fria como el mármol sobre mi ardorosa frente, y con una voz cuyo eco no he oído en el mundo de los vivos, me dice: «Ernesto de Fontan, tus horas están contadas; pronto el dedo de Dios borrará tu nombre del gran libro de los vivos y dormirás

el sueño eterno en la mansion del silencio. Aparta, pues, tus ojos de la tierra; fijalos en el cielo, y aprovecha el corto tiempo que te queda de vida.»

Ernesto volvió á detenerse.

Gruesas gotas de sudor brotaron de su frente; llevóse la mano para enjuagarlas, y añadió:

—Despues de esta advertencia, la muerte desaparece; me deja en paz algunos minutos, el tiempo necesario para que yo recuerde mi agitada juventud, para que yo sienta en el alma el grito acusador de la conciencia.

—¡La conciencia, Ernesto! ¿Qué daño has hecho tú á los hombres para que pueda remorderte?

—La muerte, sin embargo, vuelve á aparecer flotando en el ambiente de mi alcoba; procuro cerrar los ojos para no verla, y la veo sin embargo. ¡Ah! ella me persigue por todas partes como una maldicion. Cuando despues de algunas horas de lucha ó de fatiga me rinde el sueño, la veo tambien. Cuando al despuntar la mañana abro los balcones de mi habitacion hambriento de respirar la brisa, la veo tambien, allá en lontananza, levantarse desde el fondo de los mares, y extendiendo su descarnado brazo hácia mí, oigo su voz que me repite: «Ernesto de Fontan, tu hora se acerca.»

—Pues bien; desde esta noche yo no me separaré de tu lado, y puesto que viene á visitarte cuando te hallas solo, yo ahuyentaré con mi presencia ese fantasma que te atormenta.

Ernesto agitó tristemente la cabeza, y murmuró en voz baja:

—Será en vano, porque ya te he dicho que la veo hasta en sueños.

—Pues bien; yo te aseguro que eso no es más que un efecto de tu calenturienta imaginación.

—Sí, sí; yo quisiera persuadirme de que es una ficción hija de mi debilidad; pero yo la veo, Marieta, la veo como te veo á tí; oigo su voz como oigo la tuya, y siento el contacto de tu mano sobre mi frente, con la única diferencia de que tu mano me da vida y calor, y la mano de la muerte enfria mi sangre.

Y Ernesto, después de una ligera pausa, durante la cual respiró para renovar el aire de sus pulmones, añadió con vehemencia:

—Tú me das vida con tus miradas, calor con tus besos; porque yo, Marieta, te amo hoy más que te he amado nunca, hoy que para mí el amor puede decirse que es un imposible, hoy que me están vedadas esas dulces emociones del corazón que constituyen el poema más bello de la juventud.

—¡Ernesto, Ernesto!—exclamó Marieta rodeando con sus brazos el cuello de su amante.

—Sí, te amo más que nunca, porque sé que voy á perderte muy en breve, porque el frío mármol de un sepulcro nos separará para siempre, porque tengo celos de los amantes que han de colmarte de caricias después de mi muerte, porque hay momentos en que la rabia de la impotencia se apodera de mi corazón, y me dan deseos de terminar pronto esta larga y prolongada agonía.

—¡Delirios! ¡delirios de tu mente!— exclamó Marieta colmando de caricias á su amante.—¿Quién piensa en morir cuando todo sonríe en derredor de nosotros? ¿Quién piensa en los celos, cuando tuya es mi voluntad y mi corazón?

Y Marieta, depositando un beso en la frente de Ernesto, añadió con entusiasmo:

—Tú eres jóven: reanima, pues, tu espíritu, ayuda á la naturaleza, desecha el miedo, y combate con energía el mal que te enerva, que llena de fantasmas tu cerebro. En vez de pensar en la muerte, ocupa tu imaginacion en cosas risueñas; piensa que cuando nazcan las primeras brisas de la primavera emprendemos un viaje á Italia, durante el cual no nos ocuparemos más que de nuestro amor y nuestra felicidad. ¿Cómo es posible que tú, Ernesto, el jóven despreocupado, atrevido, rinda tributo y se espante ante una vision que sólo puede existir en la imaginacion de los tímidos? ¿Crees tú que la muerte se presenta bajo una forma corpórea junto á la cabecera de los enfermos? No, Ernesto, no: Dios ha querido librarnos de ese tormento; Dios ha querido que ignoremos cuándo sonará para nosotros ese fatal segundo que separa la vida de la muerte, el ser del no ser; y por eso cuando el enfermo se halla más próximo á perder la existencia, se puebla su mente de risueñas ilusiones y entrevee en el exterior de la agonía un porvenir poblado de poéticas esperanzas, un horizonte lleno de hermosos celajes; bálsamo del moribundo son esos sueños de felicidad para el porvenir, que le rodean en la última hora de su

CAPÍTULO VIII

Meditaciones

Marieta iba perdiendo las esperanzas de que Ernesto se salvara, y aunque procuraba alentarle con dulces y cariñosas palabras, aunque muchas veces se sonreía ante la palabra muerte pronunciada por su amante, en el fondo de su corazón abrigaba la seguridad de que el último día de aquel desgraciado no estaba lejano.

Todas las noches, después de dejar á Ernesto acostado y despedirse de don Joaquín, se encerraba en su habitación, y abriendo una ventana que daba al mar, pasaba una hora entregada á la meditación.

Allí, al dulce resplandor de la luna ó al tímido fulgor de las estrellas, se entregaba á esa vida de la meditación, pensando no pocas veces en el papel que estaba desempeñando en aquella casa.

Marieta había notado que de algunos días á aquella parte don Joaquín iba perdiendo su proverbial ale-

gría; pero no podía aún afirmar si la tristeza del anciano era por el lastimoso estado de su sobrino, ó hija de otra causa.

Aunque la bailarina apenas contaba veinticuatro años de edad, tenía tanta experiencia como una mujer á los cincuenta.

La vida de bastidores hace á las mujeres bonitas vivir un poco de prisa y adquirir un gran conocimiento del mundo.

Marieta, en estas horas de dulce y triste meditación, pensaba muchas cosas, manteniendo á veces terribles batallas consigo misma.

Por otra parte, un hombre astuto, previsor, á quien encontraba con frecuencia en aquella casa, solía decirle en voz baja:

—Adelante, señorita, adelante: la cosa marcha.

Este hombre era Ventura, el ayuda de cámara de Ernesto.

Marieta, para seguir á su amante, se había visto precisada á romper la escritura con el empresario del teatro Real, y su delicadeza le aconsejaba que el día que la muerte paralizara la sangre en las venas de Ernesto, debía despedirse de don Joaquin. Este era el momento grave para la bailarina, y muchas veces solía exclamar exhalando un suspiro:

—¡Ah! verdaderamente es una desgracia que Ernesto se muera, pues tengo la seguridad de que ya no se acuerda de Clotilde, y si él se salvara se casaría conmigo, resolviéndose de una manera ventajosa el problema de mi vida.

Después de esta idea asaltaba otra su mente, y se preguntaba:

—Pero ¿por qué está tan triste don Joaquin? ¿Por qué esquiva mi presencia? ¿Por qué, como en los primeros días que le conocí, ya no se apoya en mi brazo para pasear por el jardín?... ¿Me amará ese hombre?... ¿habré logrado interesar su corazón?

Y Marieta, sonriéndose con la satisfacción de la coquetería, apoyaba su hermosa barba en la palma de las manos, y dejando vagar sus miradas por el poético horizonte que se extendía ante sus ojos, murmuraba en voz baja:

—¿Quién sabe!

Luego esta mujer se entregaba á esa multitud de sueños de color de rosa hijos de la ambición.

—Don Joaquin,—se decía,—posee una fortuna inmensa y no ha amado nunca. Todo hombre rinde, tarde ó temprano, tributo á la naturaleza. ¿Quién sabe! tal vez la casualidad me ha colocado delante de ese generoso anciano, para que sea yo la que llame á las puertas de su corazón y le despierte de su tranquilo sueño.

Y Marieta, pasándose la mano por la frente y respirando con fuerza la nocturna brisa del mar, añadía:

—Es preciso pensar un momento con detención en el porvenir. Mientras sea joven y tenga alguna habilidad, probablemente no me faltará un empresario que me ajuste, ni un amante que rinda tributo á mis gracias personales, pagando mis gastos de tocador con más ó ménos esplendidez; pero esto es muy efímero, muy pasajero. Cuando se respira el ambiente de los

bastidores, se cena fuerte y se traspasa mucho, la vida de la mujer se gasta con tanto lujo, que la primera arruga de la vejez aparece muy pronto sobre la frente; entonces los empresarios y los amantes escasean para las artistas. Yo soy aún bastante joven y bastante hermosa para inspirar una pasión. Ernesto vivirá poco. La natural curiosidad de mi sexo me aconseja averigüe la causa de la melancolía de don Joaquín, y si es amor, ¡oh! si es amor, sería yo la mujer más necia del mundo en no aprovecharme; porque cuando un hombre ama por la primera vez á los sesenta años, ¡es tan fácil aturdirle!...

Y Marieta, sonriéndose de un modo expresivo, respondió:

—Vamos á cuentas. Para una mujer de mis condiciones, el lujo es una necesidad. Yo recuerdo algunas historias tristes de las mujeres de teatro. Madama Nin habitó un palacio, tuvo carruajes, criados con librea, y diamantes. El público llenaba con frecuencia de flores el escenario, aplaudiendo frenéticamente sus admirables piruetas. Madama Nin no se ocupó nunca del porvenir; era hermosa como una hada, y se cuenta que despreció á un príncipe ruso inmensamente rico que la quería hacer su esposa, sin más motivo que por que el príncipe tenía la punta de la nariz extraordinariamente colorada; que no quiso casarse con un embajador inglés, porque era tuerto, y que rompió sus relaciones con un banquero alemán, porque no le gustaban los calamares. Madama Nin, que tantas veces se había burlado de la fortuna en medio de su opulencia y su

popularidad, cuando más arrullada se veía por sus adoradores y los aplausos, contrajo una enfermedad fatal, perdió sus hermosos cabellos, sus pobladas cejas, sus largas pestañas, las elegantes y provocativas formas de su cuerpo; adquirió una demacración y una languidez tan extrema, que se vió precisada á retirarse del teatro, terminando pocos años despues triste y melancólicamente su existencia en un asilo de caridad. Nadie volvió á acordarse de ella, y murió llena de remordimientos, de dolor y de desesperación. La historia de madama Nin, como otras muchas por el estilo, debe siempre tenerlas presente una mujer de teatro. El hospital ha abierto sus puertas más de una vez á las celebridades de bastidores en el último período de su vida.

Y Marieta, exhalando un triste suspiro ante el recuerdo de la historia de madama Nin, volvió á decirse:

—Es preciso pensar un poco en el porvenir. Yo vivo bajo el mismo techo de un hombre que posee ciento treinta millones. La juventud y la hermosura, mi único dote, mi único patrimonio, no son eternas en la mujer; una enfermedad puede destruir en pocos dias esta fortuna de que estoy tan orgullosa y que tanto admiran los hombres. Sí, sí, aprovechemos el tiempo.

Y Marieta, apoyando la frente en las palmas de las manos, se quedaba inmóvil como la estatua de la meditación.

Por las deducciones que acabamos de consignar, se comprende fácilmente que en el ánimo de aquella

mujer habian echado profundas raíces los consejos de Ventura.

No era, pues, el amor, sino el egoismo lo que conmovia su corazon.

Las lágrimas que derramaba al encontrarse junto al lecho de su jóven amante, viéndole sufrir aquella agonía dolorosa, eran momentáneas, pasajeras, puesto que luego, al encontrarse sola, se enjugaba los ojos, y con espíritu sereno dedicaba todo su pensamiento á ocuparse del porvenir.

No es esto decir que Marieta no habia amado nunca á Ernesto, no. Tal vez le amaba, tal vez su corazon latia ante los moribundos besos de su amante. Tal vez la bailarina, si Ernesto hubiese estado sano y robusto, le hubiera preferido á todos los millonarios del mundo; pero Ernesto se moria, y ella iba á quedar de nuevo sola y abandonada, y sujeta á los caprichos de la fortuna.

Lo único que podria acusarla á aquella mujer, era la frialdad calculadora con que se ocupaba del porvenir junto al lecho de su moribundo amante.

Pero habia sufrido tantas decepciones en su vida, conocia tan profundamente el corazon del hombre, que habia sonado para ella la hora de ese paréntesis provechoso que suelen hacer muy pocas veces las mujeres hermosas.

Marieta habia comenzado á amar con toda la fuerza de su alma impresionable á los quince años. Su primer amante, despues de conseguir de ella todo lo que una jóven inexperta y apasionada puede conceder al hombre que ama en una hora de locura, satisfecho con

su victoria, se habia encogido de hombros, sonriendo ante sus lágrimas con la pedantería del triunfo.

Aquel hombre egoísta clavó la primera espina en el corazón de Marieta, y haciéndole formar un mal concepto del sexo fuerte, comprendiendo que ningún hombre era digno de que los ojos de una mujer hermosa se enrojecieran con las lágrimas por él, y que su arma poderosa consistía en la coquetería, comenzó para ella una nueva vida.

Marieta habia recorrido Europa entera burlándose de sus amantes, y pasando alegre y feliz la vida.

Para ella un adorador no era más que un sócio que se encargaba de la cuenta de la modista y de algunas otras bagatelas caseras.

Debemos decir, en honor de la verdad, que despues de su primer amante, el hombre á quien más habia amado era Ernesto.

Sin embargo, este amor no se parecia en nada al que siente la vírgen pudorosa por el hombre que ha conmovido su alma por primera vez.

La situación, ó por mejor decir, el local donde uno se encuentra, convida más ó ménos á la meditacion. Marieta, viviendo en el teatro, en el pleno goce de la vida de bastidores, no se hubiera ocupado más que de sus trajes, de sus flores, de su tocador, de sus alegres cenas, de sus amantes y de los aplausos del público; porque el teatro aturde, fascina, no da tiempo para pensar en otra cosa que en esa vida activa del momento.

Pero Marieta se encontraba á la orilla del mar, ha-

bitando una casa de campo, tranquila, solitaria, viéndose rodeada de ese silencio religioso de los campos que tanto convida á la meditacion. Allí no se escuchaban, ni los aplausos del público, ni los melodiosos acordes de la orquesta, ni el dulce arrullo de las palabras de amor de sus adoradores. Allí sólo se escuchaban las brisas del mar quebrándose entre las flotantes ramas de los árboles; el tosco y melancólico canto de los marineros; el murmullo acompasado de las olas, y los gemidos de dolor de un moribundo.

La vida de Marieta era muy distinta á la que habia llevado hasta entonces.

En medio de aquella soledad, no podia hacer otra cosa que entregarse á la vida de los recuerdos, á la meditacion.

Como el fatigado viajero que se sienta á la falda de un monte para recobrar el perdido aliento, y dirige afanosas miradas hácia la cima de la montaña que ha de escalar para poner término á su viaje, ella tambien, en aquel entreacto de su vida, en aquel paréntesis de calma de su agitada existencia, dirigia una mirada hácia el porvenir, recordando la triste historia de madama Nin.

Por eso pasaba una y otra hora asomada á aquella ventana, con los ojos fijos en el mar, gozándose en la contemplacion de aquel horizonte vasto y poético que se extendia ante su mirada.

LIBRO CATORCE

TENDER LAS REDES

CAPÍTULO PRIMERO

El consejero de la bailarina

Ernesto se agravaba. Su rostro tenía una palidez trasparente y brillante. Sus ojos, hundidos y rodeados de un círculo oscuro, dirigían con frecuencia en derredor suyo miradas tristes, melancólicas, vagas como esa idea de la eternidad que se agita en la mente de los incrédulos.

Hablaba poco, y apenas quería salir de su habitación.

Cuando la idea de la muerte se encarna en el cerebro de un enfermo, parece como que halla cierto encanto con la soledad; el ruido de la vida le molesta; la salud que rebose en el rostro de aquellos que le cuidan le causa envidia, y como si temiera que le faltasen las fuerzas para dar el último adiós á todo cuanto le rodea lleno de luz y animación, economiza las palabras y se encierra en un mutismo desesperante.

La muerte es muy triste cuando el enfermo tiene la desgracia de verla llegar poco á poco hasta su lecho en busca de su presa.

En estas horas de melancólica soledad, de tristeza infinita, Ernesto veía pasar, como á través de los cristales de un panorama, su agitada y alegre juventud, y era que toda la vida, reconcentrada en el cerebro, se complacía en recordarle el pasado sin olvidar el menor de los detalles.

Como *Hamlet*, la fantástica y poética creacion de Shakspeare, solia repetirse muchas veces:

—Ser ó no ser: hé aquí el problema que aún no han resuelto los hombres. ¿Qué hay despues de la muerte? ¿Es el principio de una nueva vida como aseguran algunos sábios, ó la nada como afirman otros? ¿Por qué se teme tanto la muerte, si al terminar la vida comienza para nosotros una existencia despojada de las penalidades y miserias que se sufren en este valle de lágrimas?

Y Ernesto, despues de dirigirse estas preguntas, á las que no podia contestarse, dejando asomar á sus labios una sonrisa amarga, á través de la cual podria adivinarse el alma del escéptico, se encogia de hombros, murmurando en voz baja:

—Yo resolveré pronto el problema. La luz de mi existencia vacila, se apagará muy en breve.

Y dejando caer la frente sobre las manos, ó dirigiendo una mirada hácia el dilatado horizonte del mar, permanecia inmóvil en triste contemplacion, como si la sangre de sus venas hubiera dejado de circular.

Así pasaban los días; así trascurrían las noches, y la enfermedad iba germinando en el pecho de Ernesto, concluyendo poco á poco con su naturaleza, y empujándole hácia el sepulcro.

Todos los días se presentaba Tomás el pescador á recibir órdenes, porque aquel honrado hijo del trabajo era agradecido.

Ventura le decia:

—El señorito Ernesto no tiene hoy ganas de pasear.

—Otro dia será,—contestaba el viejo marinero.

Y exhalando un suspiro, añadia:

—Supongo que sigue peor.

—Su mal va agravándose, buen Tomás.

—¡Cómo ha de ser! Si yo pudiera darle la salud, se la daria.

—Eso es bastante difícil,—contestaba Ventura.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé; ¡pobrecito! Sin embargo, no debe ser muy sano permanecer encerrado en su habitacion; el aire del mar es muy saludable, y deberia hacer un esfuerzo y dar un paseo todas las mañanas, porque cuando los enfermos se abandonan, no hacen más que aumentar su mal.

—El pobre señorito está tan débil, que no tiene ganas de nada.

—¡Cómo ha de ser! Todos los buenos se mueren.

Y Tomás se retiraba enjugándose los ojos, que la gratitud llenaba de lágrimas.

Así se hallaban las cosas en la quinta de don Joaquín, cuando una noche Marieta, que antes de acostar-

se tenia la costumbre de pasar un rato asomada á la ventana aspirando el perfume del jardin, oyó llamar suavemente á la puerta de su dormitorio.

Serian las doce de la noche. A las diez se habia despedido de don Joaquin y de Ernesto, y calculando que se habria agravado su amante y que por eso vendrian á llamarla, corrió con ligereza hácia la puerta.

Era Ventura.

—¿Qué ocurre?—le preguntó con cierta inquietud.—¿Se ha puesto peor Ernesto?

—No; el señorito Ernesto continúa lo mismo, es decir, caminando paso tras paso hácia el sepulcro. Tranquilícese usted, señorita. Vengo, porque ha llegado la hora de que hablemos sin testigos; pero seria conveniente que cerrara usted la ventana, pues hace algunas noches que don Joaquin duerme poco y baja al jardin, donde permanece paseando muchas veces hasta el alba.

Marieta cerró la ventana sin pedir más explicaciones, y fué á sentarse en una butaca, dirigiendo una mirada á Ventura, que podia tomarse por una concesion para que hablara.

Ventura, de pié y á corta distancia del sitio que ocupaba la bailarina, comenzó á hablar de este modo:

—Usted no ignora, señorita, que don Joaquin, interesado por la vida de su sobrino, ha hecho venir á los tres médicos más famosos de Alicante, que despues de reconocer al señorito Ernesto han tenido una consulta.

—Sí, ya sé que el pronóstico de esos señores ha sido fatal para Ernesto.

—Efectivamente: la ciencia ha sentenciado á muerte á mi pobre amo. De un momento á otro los destrozados pulmones del señorito Ernesto no tendrán fuerza para contener el aire vital, y el corazon dejará de latir. Es preciso, por lo tanto, aprovechar el tiempo.

Y como Marieta se llevase las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas, Ventura añadió:

—Lo que yo sospechaba se ha cumplido. Seria, pues, una solemne necedad no aprovecharse de las circunstancias.

—No comprendo...

Ventura se sonrió, pensando que Marieta fingia una ignorancia bastante dudosa sobre el asunto que á semejante hora de la noche le conducia á su habitacion.

Pero como á las mujeres, por galantería, es preciso muchas veces referirles de viva voz lo que ya saben ó han sospechado que van á decirles, Ventura se revistió de paciencia, y dijo con calma:

—Don Joaquin siempre ha sido un hombre alegre y expansivo. Todos cuantos le tratan envidian su proverbial buen humor. Hoy, sin embargo, está triste, busca la soledad; ¿no adivina usted, señorita, la causa de este cambio?

—¿Qué otra cosa puede ser que la grave enfermedad de su sobrino?

Ventura se sonrió por segunda vez, y moviendo la cabeza en señal negativa, añadió:

—Yo creo que es otra la causa de la tristeza de don Joaquin. Recuerde usted, señorita, las palabras que la dije antes de que viniera usted á encargarse de la

asistencia del señorito Ernesto. Lo que yo pensé se ha realizado felizmente. Don Joaquin siente por la primera vez de su vida las dulces inquietudes del amor en su corazón.

—¡Ah! ¿usted cree?...

—Sin el menor género de duda, que está perdidamente enamorado de usted, y creo que ha llegado la hora de que dé usted algunas esperanzas á ese amor.

—Pero Ernesto vive aún,—contestó Marieta estremeciéndose.

—¡Bah! el señorito Ernesto no es otra cosa que un cadáver que se esfuerza por prolongar algunos dias su entrada en el sepulcro. Créame usted, señorita, no siempre encuentra una mujer la ocasion para apoderarse de la voluntad de un hombre que posee ciento treinta millones.

—¡Y si lo que usted cree amor no fuera otra cosa que el sentimiento natural que el estado de Ernesto le causa!

—Tengo la seguridad de que el amor ha llamado á las puertas del corazón de don Joaquin. Además, he oido algunas conversaciones que ese buen señor ha tenido con su leal criado Zulma, y por ellas deduzco que no es usted indiferente á don Joaquin.

Y como Marieta se quedara pensativa, Ventura añadió:

—Conviene, por lo tanto, señorita, aprovechar el tiempo. El negro Zulma tiene aún alguna influencia en la voluntad de su amo, y este negro, que odia de muerte á las mujeres, le aconseja sin cesar que tan

pronto como muera el señorito Ernesto se traslade á América á terminar sus días bajo el espléndido y ardiente sol de los trópicos. Usted sola puede contraestimar la influencia de ese hombre; usted sola puede, aprovechándose de la pasión que ha inspirado á don Joaquín, apoderarse, no solamente de su alma, sino de su fortuna.

—¡Ah! Ventura, es muy difícil para mí, hoy que la muerte bate sus impalpables alas sobre el lecho de mi querido Ernesto, emplear la coquetería para enloquecer á un pobre viejo. En otras circunstancias, eso hubiera sido para mí un pasatiempo agradable; pero hoy falta el valor.

—Señorita, si se deja usted dominar por el sentimiento, es posible que se escapen de sus manos los ciento treinta millones de don Joaquín, y eso sería una verdadera desgracia, no solamente para usted, sino para aquellos que se interesan en su suerte.

Y Ventura, haciendo una ligera pausa, añadió:

—Medite usted bien su situación: la fortuna se le presenta á usted al alcance de la mano; usted no es rica, y hará muy mal en no aprovecharse de las circunstancias. Si se abrigara la menor esperanza de salvarse el señorito Ernesto, yo sería el primero en aconsejarle á usted fidelidad hácia el hombre que tanto la ama; pero el señorito Ernesto dejará de vivir muy en breve; tal vez al día siguiente de su muerte don Joaquín, siguiendo los consejos de Zulma, abandone á España, y usted entonces se verá precisada á recurrir á un empresario, sufriendo las impertinencias del público. Pe-

ro, por el contrario, si usted logra apoderarse del corazón de don Joaquín, si usted llega á ser su esposa como confío, podrá usted ser la reina de la moda y del lujo en esta mezquina sociedad, en donde sólo vale uno lo que posee. El porvenir entonces para usted estará cubierto de celajes de color de rosa, será usted la admiración de todos por su hermosura, por su elegancia, por sus diamantes, y esto vale la pena, señorita, de meditarlo un poco.

Marieta escuchaba con profunda atención y sin interrumpirle todo lo que la decía Ventura, y este, viendo que guardaba silencio, repuso:

—No debo ni quiero ocultarle á usted nada. Estoy vivamente interesado en la fortuna de usted. Siempre que tengo ocasión enaltezco sus prendas morales á don Joaquín, porque las físicas él las ve con sus propios ojos. En cuanto á los escrúpulos que demuestra por que aún vive Ernesto, debo manifestar á usted que no hace mucho me decía: «Ventura, tú sabes que no soy cobarde, pero sufro tanto, que muchas veces tengo intenciones de acabar con mi vida, y si yo supiera que cometiendo un exceso terminaba instantáneamente mi existencia, por no padecer más, lo cometeria.»

Ventura se detuvo.

Marieta continuaba guardando el más profundo silencio.

El ayuda de cámara de Ernesto comprendió que aquella mujer se encontraba en uno de esos instantes sublimes de meditación que deciden y marcan el porvenir.

Creyó prudente dejarla sola, y saludando con respeto, dijo:

—El vivo interés que usted me inspira, me obliga á suplicarle que medite con detencion lo que acabo de decirle. Bastará un pequeño esfuerzo por parte de usted para que don Joaquin caiga de rodillas declarando la pasion que agita su alma. Todas las mañanas se pasea al asomar el alba por el jardin; no olvide usted, señorita, que es de cuerdos aprovechar las circunstancias.

Y Ventura, sin esperar respuesta, salió de la habitacion.

CAPÍTULO II

El encuentro

Marieta no dirigió ni una sola palabra á Ventura. Inmóvil, abismada en sus reflexiones como si fuera una estatua de mármol, permaneció largo rato.

De vez en cuando un suspiro se escapaba de su pecho, y era que aún en el fondo de su alma se albergaba un resto de amor por el baron de Labra; y era que aquella mujer, que habia visto pasar la juventud en medio de un revuelto torbellino de pasiones, comenzaba á pensar por la primera vez de su vida en el porvenir.

La razon, la prudencia, tal vez el egoismo, le acababa de hablar por boca de Ventura. Era preciso, pues, meditar profundamente aquellos consejos, que podian serle muy útiles para mañana.

Por fin, cansada de aquella inmovilidad, abandonó la butaca y se dejó caer vestida en la cama.

—Sí, Ventura tiene razon,—se dijo hablando consigo misma;—es preciso aprovechar el tiempo: bajaré al jardín cuando despunte la luz del alba, y yo sabré la causa que motiva la melancolía de ese noble anciano.

Algunos minutos despues, Marieta rendia tributo al sueño; pero al cerrarse sus ojos por el dulce soplo de Morfeo, no por eso su imaginacion encontró el reposo. Un sueño fatídico, abrumador, agitó su espíritu durante algunas horas. El recuerdo desastroso de madama Nin se grababa con todos los vivos colores de la verdad en su imaginacion.

Durante este sueño, gruesas gotas de sudor asomaron á su frente, su corazon latió con violencia, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Soñó que, muerto Ernesto, habia regresado á Paris, en donde despues de una penosa y larga enfermedad se habia visto obligada á aceptar la contrata de un teatro de quinta clase. Soñó que al presentarse en escena, como ya no era la encantadora, la espiritual Marieta de otros tiempos, el público le habia demostrado una cruel indiferencia.

Triste, abatida viendo asomar en su frente la primera arruga de la vejez, y temiendo un porvenir desastroso, calculando muy próxima su decadencia, se resolvió á emprender un viaje á Méjico con el objeto de reunir una pequeña fortuna con que asegurar su porvenir.

Marieta cruzó los mares con la rapidez del sueño, llegó á las playas mejicanas, se presentó en el teatro, y sus ojos se fijaron en una elegante jóven que ocupaba

un palco, cuya frente y garganta se hallaban rodeadas de brillantes.

—¿Quién es esa mujer,—preguntó,—que lleva una fortuna encima?

—Es la reina de la moda, ante cuya riqueza y hermosura se inclinan fascinados los hombres más distinguidos, porque su esposo, que posee muchos millones, no sabe negarle nada.

—¿Pero quién es el esposo de esa mujer?

—Un español llamado don Joaquín de Fontan.

Entonces Marieta exhaló un gemido de dolor, y recordando que ella hubiera podido ocupar el puesto de la jóven de los diamantes, lloró, pero lloró tanto, que sus ojos se enrojecieron hasta el punto de perder su hermosura, y sus cabellos negros se llenaron de canas.

Después continuó el sueño más espantoso, más abrumador. Marieta regresó á Paris sin realizar sus deseos; enferma y olvidada de todo el mundo, veía su cuerpo languidecer, perdiendo poco á poco su tersura y su morbidez.

¡Ah! ¡quién es capaz de apreciar las terribles angustias que sufre el espíritu de una mujer hermosa que en las horas del sueño se halla acometida de semejante pesadilla!

Marieta despertó trémula, convulsa, agitada.

Se deslizó rápidamente de la cama, corrió á la ventana y la abrió, porque estaba hambrienta de respirar la brisa matinal, porque deseaba convencerse de que todo aquello no habia sido otra cosa que un sueño.

El alba brotaba indecisa del fondo de los mares, y el purísimo azul del cielo sonreía en lontananza.

Marieta se llevó una mano al pecho, y respirando con satisfaccion, murmuró en voz baja:

—¡Todo fué un sueño, pero un sueño terrible, espantoso, que me aconseja que ha llegado la hora de que piense en el porvenir!

Entonces dirigió una mirada hácia el jardin.

Los árboles, las plantas, los objetos comenzaban á destacarse del fondo oscuro de la noche, heridos por la ténue luz de la aurora.

El jardin estaba desierto. Sólo alguna que otra avecilla reboloteaba entre las frondas de los árboles, preludiando con sus trinos el himno de gracia, dedicado al sol que iba á nacer muy en breve.

La bailarina continuaba siempre mirando las desiertas calles del jardin.

De pronto exhaló un grito comprimido, pero un grito de gozo que brotaba del fondo de su alma.

A lo lejos, al extremo del jardin, distinguió un hombre que se paseaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cruzadas en la espalda.

Aquel hombre era el tio de Ernesto, era don Joaquin de Fontan.

Ventura no la habia engañado.

Marieta ya no vaciló. Se retiró de la ventana, fué á colocarse delante del espejo, arregló con extremada coquetería los hermosos bucles de sus negros cabellos, y salió precipitadamente de su habitacion.

Algunos momentos despues se hallaba en el jardin,

y se dirigia recta como una flecha hácia el sitio por donde paseaba el tio de Ernesto.

Poco antes de llegar, la fisonomía de la bailarina cambió notablemente, adquiriendo una expresion de melancólica tristeza, é inclinando la frente sobre el pecho, continuó su camino.

Marieta pasó junto á don Joaquin sin levantar la cabeza. Parecia abismada en la más profunda reflexion.

El anciano oyó sin duda el roce de un vestido que pasaba junto á él, y alzó los ojos.

—¡Ah! ¿es usted, hija mia?—le dijo.

La bailarina se detuvo y se llevó una mano á la frente. En su semblante se advirtió cierta turbacion fingida, como si le contrariara aquel encuentro.

—En verdad que no pensaba encontrar á usted,—dijo Marieta.—No he podido dormir en toda la noche, y he abandonado mi habitacion tan pronto como la luz del alba penetró por la ventana de mi cuarto.

—¿Se siente usted mala?

—No, afortunadamente; pero hace algunos dias que estoy triste: Ernesto se muere, y...

Marieta se detuvo. Llevóse una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, y guardó silencio.

—Sí, dice usted bien, hija mia: Ernesto se muere. La ciencia nada puede contra su terrible mal. ¡Pobre muchacho!

Entre los dos interlocutores tuvo lugar una pausa.

Por fin Marieta, exhalando un suspiro y dejando asomar á sus labios una sonrisa triste y melancólica, añadió:

—Dios así lo dispone, y no hay otro remedio que conformarnos.

—Es verdad; ¿quién puede ir contra los decretos del Altísimo? Nadie.

—Pero yo estoy entristeciendo á usted con mis palabras.

—No, hija mia, no; hace algun tiempo que he perdido mi proverbial buen humor. ¡Qué quiere usted! Yo me habia formado ciertas ilusiones. Despues de haber pasado cuarenta años solo en un rincon de América, regresé á España, encontré á Ernesto, y me dije: «Ya tengo un hijo que me haga compañía en la vejez, que sufra mis impertinencias y que dé un poco de calor al hogar de un solteron.» Pero ese hijo se muere, y el porvenir de soledad me amenaza.

—¡Ah! es usted un ángel, don Joaquin, es usted un ángel,—exclamó Marieta, cogiendo una de las manos del millonario y cubriéndola de besos y lágrimas.

—Un ángel no; un hombre honrado, tal vez, hija mia. Pero usted ha salido á dar un paseo, y yo tambien. La mañana nos convida con sus templadas brisas y su cielo azul. Usted, segun parece, ha madrugado con el objeto de dar un paseo; yo tambien. Cójase usted de mi brazo, y hablaremos de nuestras penas por la orilla del mar.

—Acepto con mucho gusto. Despues de todo, el mar no es otra cosa que el eterno emblema de nuestra vida. El incesante movimiento de sus olas; tiene algo de la eterna agitacion humana; las olas nacen, crecen y mueren en la orilla... Vamos adonde usted guste.

Marieta se apoyó ligeramente en el brazo de don Joaquin, y ambos se dirigieron á la orilla del mar.

Al principio caminaban guardando el más profundo silencio. Parecia que sus almas, embebidas en la contemplacion de aquella hermosa mañana, no se ocupaban más que de admirar la hermosura del cielo y la limpieza del dilatado horizonte.

De vez en cuando del pecho de Marieta se escapaban entrecortados suspiros, y su lánguida y encantadora cabeza se apoyaba ligeramente en el hombro de su acompañante.

Don Joaquin se estremecía siempre que los hermosos rizos de la bailarina tocaban su cuerpo.

Marieta, á pesar de su silencio y sus suspiros, estudiaba los efectos que iba causando al millonario.

De repente don Joaquin se detuvo. Habian llegado á un punto de la orilla del mar en donde la tierra, formando un pequeño ribazo, parecia ofrecer un cómodo asiento á los paseantes.

El sol en aquel instante comenzaba á elevarse desde el fondo del mar, y allá en lontananza se veian cruzar algunos buques, cuyas velas, hinchadas por la brisa matinal, llevaban tal vez á lejanas playas las esperanzas de muchas familias.

—Marieta, ¿no le parece á usted, hija mia, que desde este sitio se disfruta un admirable punto de vista?

—¡Oh! verdaderamente el panorama que se presenta ante nuestros ojos es encantador.

—Entonces vamos á descansar aquí algunos momentos. ¿Ve usted ese hermoso buque [que sale del

puerto de Alicante? Tal vez se dirija hácia las playas americanas. ¿Quién sabe adónde le dirigirá su destino? ¿Quién sabe si hallará su fin en el fondo de los mares?

Y el anciano, sentándose en el sitio que habian elegido para descansar, se quedó contemplando aquella gallarda nave, que con todas las velas al viento se alejaba majestuosamente de la tierra.

EL MANUSCRITO DE DON MANUEL
308

Y el anciano, sentado en el sitio que ocupaba el
gibo para descansar, se quedó contemplando aquella
barba nave, que con todas las velas al viento se aleja
de majestuosamente de la tierra.

CAPÍTULO III

En la orilla del mar

Marieta no pretendió interrumpir la dulce medita-
cion del anciano.

Sentada á su lado, contemplaba tambien aquel her-
moso buque, que empujado por la brisa de tierra, se iba
alejando de la orilla.

¿Quién es capaz de comprender las esperanzas, las
risueñas ilusiones, los hermosos sueños de color de ro-
sa que encierra un buque en su seno?

Sus tripulantes, que desprecian el rigor de las tem-
pestades, que luchan con los elementos, llevan cada
uno encerrado dentro de su pecho un corazon que late
y un cerebro que piensa.

Sus viajes se prolongan muchas veces años enteros.
Miles de leguas les separan de las familias que les vie-

ron partir con las lágrimas en los ojos, y que sostenidas por el fuego santo de la fe, por el soplo vivificador de la esperanza, esperan una y otra y otra noche el regreso del marino, recomendando su vida al Dios de sus mayores.

Y este marino, que obedeciendo la terrible maldición del Génesis, se ve precisado á ganarse el sustento suyo y de su familia con su trabajo al cruzar sereno esas inmensas soledades de agua y cielo, canta en sus horas de triste melancolía, al amor, al hogar, á la fe, á la esperanza, á la bendita tierra donde se halla clavado su nido.

El tambien ve morir un sol y nacer otro, formarse una tempestad, luchar para defenderse de ella, venir la bonanza, distinguir el puerto salvador, pasar noches y días, meses y años pensando en aquel rincon del mundo donde le espera una madre, una esposa, un hijo, un hogar bendito.

¡Ah! ¿quién sabe las esperanzas y las ilusiones que encierra un buque? ¡Y cuántas veces el pérfido elemento ha devorado con su insaciable sed de víctimas, la frágil nave cargada de estas esperanzas, de estas ilusiones, que no ha llegado el dulce momento de la realización!

¡Pobres náufragos! ¡vuestro último instante representa en los anales de lo desconocido, en las sombras de lo ignorado, el gran poema del dolor y la desesperación!

¡Vosotros, como los israelitas, en el instante de hundiros en el fondo de los mares, dirigireis sin duda vues-

tra mirada hácia el punto del horizonte donde se encuentra el sitio habitado por los séres queridos que os llenaron de lágrimas y besos el rostro al tiempo de partir, y dirigiéndole un adios eterno, cerrareis vuestros ojos ante el pesado sueño de la muerte!

Don Joaquin continuaba contemplando la nave, y tal vez dedicando un recuerdo á las playas americanas adonde cuarenta años antes habia llegado pobre, y en donde se habia enriquecido.

Por fin apartó los ojos del mar para fijarlos en su compañera.

Marieta lloraba.

Aquellas lágrimas conmovieron vivamente el pecho del anciano.

—Vamos, Marieta,—le dijo,—no hemos venido aquí á llorar, sino á disfrutar del puro ambiente de la mañana, delectándonos con la contemplacion de ese bello horizonte.

—Sí... es verdad... Yo no quisiera llorar, pero las lágrimas asoman á mis ojos bien á pesar mio; y es que al ver ese buque que se aleja, siento que se alejan tambien de mi pecho las esperanzas.

—¡Cómo, hija mia! ¿perder las esperanzas siendo tan jóven?

—Es que yo tambien, como usted, habia soñado un momento en una familia, y ese sueño ha desaparecido, ó por mejor decir, se desvanece.

Y Marieta dejó caer la frente sobre la palma de las manos, y continuó llorando.

Don Joaquin separó cariñosamente las manos del

rostro de Marieta, y contemplándola con ternura, preguntó:

—¿No tiene usted familia? ¿No hay en ningún rincón de Francia un hogar donde á usted se la espere?

—No; hace algunos años perdí á mi madre, y desde entonces no soy otra cosa que una ave errante que busca con afán un nido donde descansar, un corazón cariñoso á quien amar, una familia protectora á quien bendecir.

Y Marieta, exhalando un suspiro, alzó sus hermosos ojos al cielo, y juntando las manos en ademán suplicante, repuso:

—A Dios sólo le es dado saber cuál será mi destino. Por un momento concebí la esperanza de que mi suerte iría unida á la de Ernesto, de que yo había encontrado entre ustedes á mi familia; pero Ernesto se muere, la luz de su existencia se apaga, y yo el mismo día en que se cierran sus ojos para siempre, pobre y errante viajera, me veré obligada á abandonar esta casa sin saber dónde dirigir mis pasos.

—¿Cómo! ¿ha pensado usted abandonarnos?—preguntó don Joaquín.

—¿Qué otra cosa puedo hacer cuando deje de existir aquel que motivó mi permanencia en esta casa?—dijo Marieta.

—¿Pero no le inspira á usted ningún interés este pobre anciano?—preguntó con acento trémulo don Joaquín.

—¿Que si me inspira! ¡Dios mío! ¡ah! ¡en esta casa

he experimentado emociones desconocidas; el rubor ha asomado muchas veces á mi frente, y pensando en el momento de la separacion, he tenido miedo del porvenir que me esperaba!

—¡Miedo!

—Sí, miedo; porque yo, acostumbrada desde pequeña á ganarme el sustento en el teatro, conozco que hoy me será violento salir á la escena, finjir una sonrisa de amor y felicidad con los labios, llevando la muerte en el corazon. ¡Ah! verdaderamente soy muy desgraciada.

—Pues bien, Marieta,—exclamó don Joaquín, apoderándose de una de las manos de la bailarina;— si usted quiere, podrá retirarse para siempre del teatro.

—Eso no es posible, señor,—contestó Marieta, dominando la alegría que aquel arranque le causaba.— Desgraciadamente soy pobre, y tengo necesidad de mi trabajo para vivir.

—¿No soy yo rico? ¿Para qué quiero yo mis millones, si Ernesto se muere y usted me abandona? Ruego á usted que deseche de su mente la idea de abandonarme.

—Sin embargo, ese dia llegará. Yo no tengo ningun derecho á permanecer en esta casa despues de muerto Ernesto. El mundo podria juzgarme desfavorablemente.

—¿Y que me importa á mí el mundo, cuando hace cuarenta años que vivo separado de él? La fortuna que yo tengo es mia, la he adquirido con mi trabajo; nada

he heredado de nadie: puedo hacer de ella lo que me diere la gana. Usted es sola en el mundo, yo tambien; usted no tiene familia, no tiene padre, y yo daria la mitad de mis millones por poseer una hija. Seria por consiguiente una locura que la muerte de Ernesto nos separara. Entonces más que nunca necesitamos vivir juntos para consolarnos.

Marieta prorumpió en un estrepitoso llanto, arrojándose al cuello de don Joaquin.

Los labios del anciano rozaron la hermosa frente de la jóven, y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.

—¡Ah! es usted el hombre más generoso del mundo. ¿Qué he hecho yo, Dios mio, para merecer tanta fortuna? Las frases cariñosas que usted acaba de dedicarme, han llenado de dulce esperanza mi alma, y yo, pobre mujer abandonada, combatida por las livianas y egoistas pasiones de la sociedad, entreveo un porvenir de paz y bienandanza, al que nunca me hubiera juzgado acreedora.

Marieta continuaba entrelazando el cuello de don Joaquin con sus brazos. Don Joaquin, trémulo, convulso, acariciaba la hermosa cabeza de la jóven con una de sus manos, apretándola dulcemente contra su pecho.

—¡Ah! ¡qué feliz seria en este instante,—dijo don Joaquin,—si usted aceptara las proposiciones que la he hecho, si usted se decidiera á no separarse nunca de mi lado!

—Pero advierta usted que seria en mí un egoismo

aceptar un ofrecimiento que no merezco,—dijo la hermosa jóven.

—¡Bah! ¡bah! esos son necios escrúpulos. Nosotros no tenemos que dar cuenta á nadie. La casualidad nos ha unido. La muerte de un sér que ambos amamos ha engendrado en nuestros corazones la simpatía. ¿Qué nos importa el qué dirán y la maledicencia? Además, para mí todo el mundo es patria. Si Ernesto muere y usted, hija mia, no quiere permanecer más tiempo en España, iremos donde usted quiera, estableceremos nuestra morada en el punto del universo que á usted más le plazca.

Don Joaquin estrechaba cariñosamente contra su pecho la hermosa cabeza de Marieta, y en aquel instante, creyéndose el hombre más venturoso de la tierra, irradiaba en su rostro toda la hermosa luz de la felicidad.

De pronto Marieta se separó de los brazos cariñosos del anciano, se puso en pié, y pasándose la mano por la frente como si despertase de un pesado sueño, murmuró con acento tímido y entrecortado:

—¡Oh! no, no; tanta felicidad no es posible: soy una loca, una aturdida; mi destino es vagar errante por la tierra, sin tener nunca hogar ni familia, sin encontrar nunca un pecho cariñoso donde pueda reposar mi ardorosa frente.

—Pues bien; yo te ofrezco ese hogar, yo te ofrezco ese pecho, hija mia,—exclamó don Joaquin levantándose tambien.

—¡Jamás! ¡jamás! Mañana podría usted arrependerse.

tirse de haber puesto su amor y su confianza en una bailarina, en una pobre histrionisa, en una hija de la fortuna.

—Siempre me he reído de las nécias preocupaciones del mundo. Acepte usted mis ofrecimientos, Marieta; sea usted el apoyo de mi vejez, el calor de mi alma, que comienza á enfriarse al contacto de mis canas.

—El sol ilumina la tierra,—añadió Marieta, llevándose una mano al pecho.—Regresemos á la quinta, señor. Ernesto indudablemente nos echará de ménos.

—Pero antes quisiera saber.....

—Ni una palabra más. Aún vive Ernesto: permita usted á esta pobre mujer que respete las horas que le quedan al moribundo. Regresemos á la quinta, señor.

Marieta se apoyó dulcemente en el brazo de don Joaquin, y ambos se dirigieron en silencio hácia la alquería.

A los pocos pasos vieron al negro Zulma, que les salia al encuentro.

—Gracias á Dios que encuentro á usted, señor, gracias á Dios,—dijo el negro con acento bronco y dirigiendo una mirada recelosa á Marieta.

—¿Pues qué ocurre, amigo Zulma?—preguntó don Joaquin esforzándose por sonreír.

—Nada absolutamente, señor; pero como yo no he encontrado á usted ni en su habitacion ni en el jardin, extrañándome esta ausencia, he salido á buscarle.

—Pues ya me tienes aquí.

—Ya lo veo, señor, ya lo veo.

—Anda, Zulma, anda delante, y disponnos el cho-

colate en el comedor. Cuando se madruga se tiene buen apetito.

El negro, con las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada tosca y la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió á buen paso hácia la quinta.

Don Joaquín y Marieta le siguieron á corta distancia.

—El sol ilumina la tierra.—añadió Marieta, levantándose una mano al pecho.—Regresemos á la quinta, señor. Ernesto indudablemente nos espera de nuevo.

—Ni una palabra más. Aún vive Ernesto: permítamele que le trate á esta pobre mujer que respeta las horas que le quedan al mundo. Regresemos á la quinta, señor. Marieta se apoyó dulcemente en el brazo de don

Joaquín, y ambos se dirigieron en silencio hácia la quinta.

A los pocos pasos volvió el negro Xulma, que les salió al encuentro:

—Gracias á Dios que encuentro á usted, señor. Gracias á Dios.—dijo el negro con acento bueno y dirigiendo una mirada tierna á Marieta.

—Pues que ocurre, amigo Xulma?—preguntó don Joaquín esforzándose por sonreír.

—Nada absolutamente, señor; pero como yo no he encontrado á usted ni en su habitación ni en el jardín,

extríncheme esta ausencia, he salido á buscarle.

—Pues ya me tienes aquí.

—Ya lo veo, señor, ya lo veo.

—Anda, Xulma, anda delante, y dispóneme el cho-

CAPÍTULO IV

Donde Ventura prepara el terreno

Ernesto se despertó con el alba, dirigió en derredor suyo los soñolientos ojos, y extendiendo el brazo, tiró del llamador de la campanilla.

Ventura se había quedado aquella noche de guardia, y acudió precipitadamente al llamamiento de su amo.

—Abre la ventana, Ventura, que entre la brisa del mar y el sol del cielo.

Ventura obedeció.

—¿Qué tal se ha pasado la noche, señorito?

—Como siempre, Ventura, como siempre. Mi sueño es agitado, y mi mente se puebla de espantosas visiones.

—Eso no es otra cosa que efecto de la extremada debilidad; usted come ménos que un pájaro.

—¿Y qué quieres que haga un pobre enfermo que nada le apetece?

—Ayudar un poco á la naturaleza, pasearse, distraerse, y sobre todo comer.

—Eso es tan fácil de decir como difícil de llevar á cabo. Créeme, Ventura: yo no deseo estar enfermo; pero he llegado á convencerme de que todos cuantos esfuerzos hiciera serian inútiles.

Y Ernesto, incorporándose un poco con bastante trabajo sobre las almohadas, preguntó:

—¿Se ha levantado ya Marieta?

—Diga usted más bien si se ha acostado.

—¿Cómo?

—Porque la mayor parte de las noches las pasa llorando sentada en una silla.

—¡Pobre amiga mia! ¡Cuánto me ama!

—Bien puede usted decirlo. Yo al observar el tierno afán que por usted se toma, confieso ingénuamente que me he llevado chasco.

—Pues qué, ¿no la creías capaz de la generosa acción que ha hecho conmigo?

—¡Qué quiere usted, señorito! siempre me han inspirado poca confianza las mujeres de teatro.

—Estás en un error, Ventura.

—Tal vez.

—Tú, como la vulgaridad de los hombres, imaginas que nada bueno puede poseer una mujer de teatro. Pues bien; yo te aseguro que las hay, y de condiciones superiores, que poseen un alma bella, un corazón generoso, y son capaces de los rasgos más sublimes de abnegación.

—No afirmaré yo lo contrario.

—Y harás bien, si te precias de justo.

—Sobre todo, desde que he tenido ocasion de tratar íntimamente á la señorita Marieta. Parece imposible que los ojos de una mujer puedan derramar tantas lágrimas como ella ha derramado desde que está usted enfermo.

—Yo estoy muy agradecido de Marieta,—exclamó Ernesto con voz débil;—ella no tiene más porvenir que el teatro, y por asistirme se ha visto en el caso de romper un contrato ventajoso, y vivir conmigo desterrada del mundo. Pero ¡ay! ¡yo no podré recompensarle lo que la debo!

—¡Quién sabe, señorito, quién sabe! Usted aún puede restablecerse; es jóven, y entonces...

—¡Vana esperanza!—murmuró, agitando tristemente la cabeza, Ernesto.

—¡Caramba! ¿sabe usted, señorito, que me pone de mal humor oír que ha perdido la esperanza? ¡Qué diantre! Usted apenas ha cumplido los treinta años, y á esa edad la naturaleza es muy poderosa.

—¡Ah! mi buen Ventura, olvidas tú que yo ya no tengo naturaleza,—contestó sonriéndose tristemente Ernesto.

—Sí, sí, ya comprendo que la herida ha sido muy grave; pero tambien creo que ha pasado el mayor peligro.

—Te engañas; el peligro existe hoy más que nunca, y no te creas que estos tristes vaticinios son hijos del miedo que me causa la muerte, no.

—¿De manera que usted está persuadido de que no

hay salvacion posible?—preguntó Ventura afectando un gran asombro.

Ernesto movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Pero no seria conveniente irse á Francia, á Alemania, y buscar un médico que pudiera encontrar remedio?...

—Imposible, Ventura, imposible. La ciencia de curar tiene una línea trazada por la naturaleza, y no puede pasar de ella. Sólo Dios pudiera hacer el milagro de mi restablecimiento; pero Dios no se ocupa de los pecadores como yo.

Y una sonrisa amarga, incrédula, asomó á los labios de Ernesto.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró en voz baja Ventura, afectando una pena que indudablemente no sentia.—Ahora comprendo las continuas lágrimas de la señorita Marieta; ahora me explico esos paseos matinales por la orilla del mar.

—Sí, la pobre Marieta comprende, como yo, que mi enfermedad es de muerte,—añadió Ernesto.—Yo estoy muy agradecido al vivo interés que por mí se toma, y muchas veces me arrepiento de haberla juzgado mal.

Y exhalando un profundo suspiro, volvió á decir:

—Si yo me salvara, procuraria recompensar á esa pobre muchacha. Yo la he visto una y otra noche, sentada junto á la cabecera de mi cama, seguir con anheloso interés los progresos fatales de mi enfermedad. He sorprendido muchas veces al despertar de mis pesados sueños las lágrimas en sus ojos, y he llegado á convencerme de que me ama.

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

DE ANTONIO DE MENDOZA

TRADUCIDAS DEL CASTELLANO AL ESPAÑOL

CON UN PRÓLOGO DE DON JUAN DE MENDOZA

EDITADO POR DON JUAN DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

EL AMOR DE LOS PADRES

PROLOGO DE DON JUAN DE MENDOZA

ANTONIO DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

LA FÁBULA

PROLOGO DE DON JUAN DE MENDOZA

ANTONIO DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

EN LA TIENDA DE DON JUAN DE MENDOZA

OBRA TERMINADA

LAS FABULAS DE ESOPPO

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.